

LA MELANCOLÍA DEL ORO DISIPADO

BORJA MARTÍNEZ

Nadie mejor que Blas Matamoro para escribir un ensayo como el que antecede; en tanto que crítico melómano y literario, y porque recientemente ha publicado en Fórcola –cuyo editor, Javier Jiménez, le tiene desde hace tiempo escribiendo libros brillantes– un “diccionario personal de la Argentina”; *Con ritmo de tango*, donde Mujica Lainez y Ginastera cuentan con sendas entradas. Cuarenta años después de su expatriación, Matamoro vuelve a Argentina y desgrana esta pequeña *Macropedia*, como los tomos de *knowledge in depth* de la enciclopedia *Britannica* tan querida por su paisano Borges. En este caso nada científica sino caprichosa, como corresponde a un diccionario personal, pero que ofrece un puñado de ricas aproximaciones a personajes y conceptos que conforman la identidad argentina.

Esbozadas en ocasiones con trazo impresionista. Así, la entrada dedicada a Ernesto Sábato, que se circunscribe brevemente a la secuencia de *Sobre héroes y tumbas* que relata la huida del ejército derrotado de Juan Lavalle camino de La Paz portando el cadáver del general. Su hedionda presencia obliga a tomar una decisión funeraria, que finalmente será descarnar los huesos del héroe para darles oportuna sepultura cuando corresponda, dejando su carne a los carroñeros del camino. La incapacidad para

enterrar el pasado y objetivarlo, la preferencia por el mito frente a la historia, aparece así alegóricamente como una de las señas de identidad de los argentinos.

“Provincia europea”, o “marca austral” del viejo continente; país de *atorrantes*, genialoides e “hijos irregulares” –San Martín, Gardel, y los dos baluartes de la diarquía peronista, Juan Domingo y Eva Duarte–, nación con fachada desarrollada y “entretelas de subdesarrollo”; para la que crecer “fue casi siempre (...) desequilibrarse”, y que basa buena parte de su indiscutible encanto en “ser un país joven con un fuerte elemento decadente” y una melancolía cíclica “por el oro disipado”; buena parte de sus desajustes provienen de una condición inmigrante que la aboca al psicoanálisis, híbrido de milicia e iglesia nacional. Y que tiene curiosamente en Ortega y Gasset a uno de sus instigadores, en tanto que fue él quien presentó *ashá* por primera vez en español a Freud hace ahora un siglo. Ortega, sus tres estancias en tres momentos cruciales (1916, 1928, 1939-1942) de Argentina, sus diagnósticos del país, del “error del argentino satisfecho” en una prosperidad que desaparecerá, merece una de las aportaciones significantes del libro.

Hay, claro está, mucha literatura –Arlt, Borges, Cortázar, Lugones, *Martín Fierro*...– y mucha música: Ginastera; el tango, su nacimiento en la ciudad modernista finisecular, ese *París de las pampas* que fue Buenos Aires, y el divinizado Gardel (“su santidad me fastidia”) y

Piazzolla (“el refinamiento de la mugre” arrabalera). Tópicos los justos: el fútbol aparece desde la extrañeza de quien no es aficionado. Y presencias de epigrama de Camba –sobre la galleguidad– y González, Felipe, que según Matamoro esbozó una de las más felices definiciones de los argentinos “como quienes se asoman regularmente al abismo para demostrar que son capaces de no precipitarse en él”. Un libro sutil y delicioso que iluminará a todo aquel que pretenda acercarse a la historia y condición argentinas.



CON RITMO DE TANGO

Blas Matamoro

Fórcola. Madrid, 2017

237 págs. 21,50 €